

proporcionada a su importancia. Se arroja, por decirlo así, a través de la corriente de la vida histórica, interrumpiendo las series de causas y de consecuencias que la constituyen, las hace refluir en cierto modo, y por sus repercusiones inadvertidas, trastorna el orden natural de las cosas. Esto es lo que aconteció en tiempos de la invasión musulmana. Desde hacía muchos siglos, Europa gravitaba en torno al Mediterráneo. Gracias a él fue propagada la civilización y sus diversas partes se comunicaron las unas con las otras. En todas sus costas, y en sus caracteres fundamentales, la existencia social era la misma, la religión la misma, las costumbres y las ideas las mismas o muy próximas a serlo. La invasión germánica no había modificado nada esencial de esta situación. A pesar de todo, puede decirse que, a mediados del siglo VII, Europa constituía aún, como en tiempos del Imperio romano, una unidad mediterránea.

Pero, bajo el impulso subitáneo del Islam, tal unidad se rompe de pronto. En la mayor parte de su extensión, este mar familiar y casi doméstico, este mar que los romanos llamaban *mare nostrum*, se hace extraño y hostil. El intercambio que se realizaba hasta entonces entre Occidente y Oriente fue interrumpido. Se separan bruscamente el uno del otro. La comunidad, en la que habían vivido durante tanto tiempo, cesa por muchos siglos, y la Europa de hoy se resiente aún de tal ruptura.

Obligado a enfrentarse con el Este, el Imperio no puede permanecer en el Danubio. Los búlgaros, los serbios y los croatas se extienden por los Balcanes, y únicamente las ciudades continúan siendo griegas. No se mezclan con la población como los germanos. El Imperio bizantino cesa de ser universal y se convierte en un Estado griego.

En 677, los búlgaros someten a las tribus eslavas y se funden con ellas en Mesia. A mediados del siglo IX, su príncipe Boris es convertido por Metodio y toma el nombre de Miguel.

El Imperio bizantino, desde entonces confinado entre la costa de Iliria y el alto Eufrates, consagrará lo mejor de sus fuerzas a resistir la presión del Islam. Su larga historia, hasta el día en que, ya a mediados del siglo XV, sucumbirá, por fin, bajo los golpes de los turcos, tendrá aún momentos de esplendor y verá desenvolverse una civilización cuya originalidad consiste en la mezcla de las tradiciones antiguas con el cristianismo ortodoxo y una orientalización creciente.

Pero casi todo el tiempo esta historia será ajena a la de Europa Occidental. Sólo Venecia conservará contacto con Bizancio, encontrando en su papel de intermediaria entre el Occidente y el Oriente, el punto de partida de su futura grandeza. Por lo demás, si Bizancio deja de intervenir en Occidente, no dejará de ejercer por eso una influencia que habrá de sobrevivirle a través de los siglos. Ella cristianizó a los eslavos del sur y del este: serbios, búlgaros y rusos, y es su pueblo el que, después de haber sufrido el yugo turco durante cuatrocientos años, reconstituyó en el siglo XX la nacionalidad griega.

Al Occidente, su separación de Bizancio le coloca en una situación absolutamente nueva. Parecía relegarle al margen de la civilización, porque desde el origen de los tiempos fue del Oriente de donde le llegaron todas las formas de la vida civilizada y todos los progresos sociales. Con los árabes, establecidos en España y en la costa de Africa, el Oriente, en verdad, se acercaba a él. Pero entre su pueblo cristiano y este Oriente musulmán la diferencia de las confesiones religiosas impedía, a despecho del contacto material, la unión del espíritu. Por primera vez, desde la formación del Imperio romano, la Europa occidental se encontraba aislada del resto del mundo. El Mediterráneo, mediante el cual se había relacionado hasta entonces con la civilización, se cerraba ante ella. Este fue quizá el resultado más importante, para la historia universal, de la expansión del islamismo. Porque el cristianismo de Occidente, detenido en sus relaciones tradicionales, se convirtió en un mundo aparte, y no pudiendo ya contar más que con él mismo se verá obligado a desenvolverse con sus propios medios. Desviado del Mediterráneo, dirigirá sus esfuerzos hacia las regiones aún bárbaras de más allá del Rin y hacia las orillas del mar del Norte. La sociedad europea va a engrandecerse y a sobrepasar por fin las antiguas fronteras del Imperio romano. Con el Imperio franco se constituye una Europa nueva con la cual se elaborará esa civilización occidental llamada a ser la del mundo entero...

#### Cuarta parte: La organización económica y social.

La desaparición de las ciudades y del comercio.

El hecho más importante desde el punto de vista social, en el período que transcurre desde las invasiones musulmanas hasta la época carolingia, es la rápida extinción y después la casi absoluta desapa-



rición, de la población urbana. En el Imperio romano las ciudades constituyen, desde el principio, la base misma del Estado. La organización política es esencialmente municipal. El campo no es otra cosa que el territorio de la ciudad; no existe con la independencia de ella, sólo produce para ella y, por ella está gobernado. Por todas partes donde el Estado romano se estableció, fundó ciudades, haciendo de ellas los centros administrativos. En el Imperio romano, la provincias están tan íntimamente ligadas a la ciudad de que dependen que la misma palabra, civitas, designa la ciudad y la provincia. Y este carácter subsiste hasta el fin del Imperio bizantino.

Entraña, pues, una novedad sorprendente y desconocida hasta entonces en el mundo occidental la constitución de Estados en los que la organización administrativa, como la social, dejan de corresponder al tipo urbano del Estado romano. Esto fue debido, por lo menos en lo que concierne al papel administrativo de las ciudades, a la imposibilidad en que se encontraron los conquistadores del Imperio de conservar íntegramente las instituciones. Porque eran las instituciones del Imperio las que, en las provincias ocupadas por los invasores: Galia, España, Italia, Africa, Bretaña, aseguraban la existencia de las ciudades. Sin duda, algunas de ellas, situadas a lo largo de las costas -Marsella, Narbona, Nápoles, Cartagena-, practicaban un comercio marítimo más o menos importante, y casi todas las ciudades en el interior del país tenían una actividad comercial regular; así la mayor parte de su población componíala una burguesía de gentes de oficio y de comerciantes. Pero ninguna de ellas era comparable a los grandes puertos o a los grandes centros industriales del Oriente: Alejandría, Constantinopla o Antioquía. Se mantenían menos por sus propias fuerzas que por el funcionamiento general de la actividad política y económica del mundo romano. El motivo de su importancia era el lugar que ocupaban en el Estado, su condición de centros administrativos, la presencia en ellas de un personal numeroso de funcionarios y las relaciones que la población provincial sostenía necesariamente con ellas. En una palabra: su situación era bastante análoga a la de esas ciudades de los tiempos modernos que se distinguen sólo por ser la residencia de una corte principesca o por la ventaja de constituir la sede de alguna importante institución del Estado. A este respecto, incluso Roma sólo se diferenciaba de las ciudades provinciales por el lustre y la importancia que debía a la presencia del emperador y del gobierno central. La historia de su decadencia, que comenzó cuando Constantino la privó del rango y de los provechos de capital del mundo, se repite en menores proporciones

en todas las ciudades de Occidente, a medida que en medio de los trastornos de la invasión, y después bajo el gobierno de los reyes germánicos, los funcionarios las abandonan, las oficinas, los tribunales y las escuelas se cierran, el correo ya no funciona, y la inercia y la incapacidad de la administración dejan que caigan en ruinas los puentes y los acueductos, desapareciendo la policía y el aprovisionamiento.

En las ciudades de la costa el comercio marítimo había conservado aún una actividad sumamente beneficiosa para las regiones vecinas del interior. Perdió, es verdad, su principal mercado de exportación desde que Roma, empobrecida y despoblada, no requería ya para su subsistencia el trigo de las provincias. Sin embargo, hasta mediados del siglo VII, los mercaderes sirios y judíos habían frecuentado asiduamente los puertos occidentales y el Mediterráneo. En tiempos de Gregorio de Tours, subsistía aún, en Clermont-Ferrand, una colonia judía de alguna importancia. El papiro empleado por la cancellería merovingia era importado de Sicilia; y esto prueba que la navegación suministraba todavía los objetos de consumo corriente. Pero estas relaciones con el mundo bizantino cesaron a partir del día en que la preponderancia del Islam no permitió ya a los comerciantes cristianos aventurarse más allá de las aguas griegas y de la Italia meridional. Desde entonces, el mar no fue para los países de Occidente el gran estimulador del espíritu de empresa. Ya se le mira únicamente con el terror de ver aparecer en el horizonte unas velas enemigas. Y lo mismo que el Mediterráneo estaba en poder de los musulmanes, el mar del Norte sólo era recorrido por los navíos de los escandinavos. Bañado por sus ondas al sur, al norte y al oeste, el Imperio carolingio no presenta ya la menor huella de actividad marítima. Sus únicos puertos, Quentovic, en la desembocadura del Canche, y Durstede, conservarán todavía una cierta actividad mercantil hasta el siglo IX; luego, devastados por los normandos, caerán en una decadencia absoluta. A partir del siglo VIII, la Europa occidental vivió durante trescientos años separada de todos los países de ultramar.

Esto aparejó una paralización casi total del comercio; y, aparte de algunas industrias locales, como las del tejido de paños que se mantiene aún en Flandes, la desaparición de la actividad industrial y de la circulación monetaria.

Desde entonces, en las ciudades despobladas, los barrios desiertos caen en ruinas y sirven de cantera a los escasos habitantes, que, agrupados en un rincón del antiguo recinto, se atrincheran y



se amparan allí, utilizando los materiales que les facilitan los monumentos abandonados. En Nimes, los muros del circo romano sirven de defensa a la aldea que anida entre sus escombros. En Treves, una ventana del antiguo palacio imperial, utilizado en cierto modo como protección, se convierte en una de las puertas de la ciudad, y la porta nigra, cuyos bloques de piedra resultan harto pesados para su transporte, fue despojada de las grapas de hierro que unían unos a los otros, para ser utilizadas por el herrero del lugar. Incluso en Italia, donde, sin embargo, la decadencia es menos profunda, no deja de ser lamentable. Roma queda como perdida en medio de la inmensa circunferencia que traza, en torno de lo que resta de ella, el muro de Aureliano. Y es preciso que el Papa León, para ponerla al abrigo de cualquier asalto, haga rodear en 848 (ciudad Leonina) las partes habitadas de la orilla izquierda del Tíber, y transforme en fortaleza el sepulcro del emperador Adriano.

En Galia, la vida urbana se extingue tan completamente que los reyes dejan de residir en las ciudades, donde la falta absoluta de tránsito no les permite ya encontrar las provisiones necesarias para la manutención de su corte. En lo sucesivo pasan el año en sus dominios, yendo de uno en otro a medida que en ellos se vacían las granjas y los graneros. Y, como los reyes, los funcionarios de las provincias viven también en el campo, en sus tierras o en las de sus administrados, a los cuales imponen en beneficio propio el derecho de asilo. Por un curioso fenómeno de regresión, la administración, perdiendo su carácter urbano, se transforma de sedentaria en nómada.

Por arruinadas y despobladas que se encontrasen, las ciudades no han perdido, sin embargo, toda su importancia. Abandonadas por la administración civil, continúan siendo los centros de la organización religiosa. La sede episcopal, establecida bajo el Imperio en la cabeza de partido de cada ciudad, sigue aún en pie, y la recia armazón romana de la Iglesia continúa erguida en medio de los escombros del Estado. En el seno de una sociedad ya puramente agrícola, algo del carácter municipal del Estado antiguo se conserva, pues, gracias a la Iglesia. A ella le deben las ciudades el hecho de no haber desaparecido en absoluto, esperando el día, todavía remoto, en que volverán a ser la cuna de una nueva burguesía.

Lo mismo que el Papa, después que los emperadores abandonaron Roma, toma sobre sí el cuidado de proteger y de administrar a

los habitantes de la Ciudad Eterna, en cada ciudad el obispo extiende su autoridad sobre los pocos habitantes que se agrupan en torno a la catedral y proveen a la subsistencia del clero. La vida y la organización religiosas mantienen así, en medio de las ruinas de las antiguas ciudades, una pequeña clientela laica en la que perpetúan, como es posible, los oficios y la técnica romana, pero que nada ofrece ya de común, ni por el espíritu que la anima, ni por la administración que la rige, con las poblaciones municipales de antaño.

#### Los grandes dominios.

La desaparición de las ciudades ocasiona una profunda transformación en la economía rural. Los productos de la tierra, que se vendían en los mercados urbanos, perdieron poco a poco sus compradores. Habiendo cesado la división del trabajo social que, en todas las sociedades avanzadas, pone en relaciones de producción y de consumo recíprocos a las ciudades y al campo, sucedió que la población agrícola no producía ya en lo sucesivo más que para satisfacer sus propias necesidades, o si se quiere, que, constituyendo en adelante ella sola toda la nación, viniera a ser, al mismo tiempo, el productor y el consumidor de los bienes de la tierra. Sólo existe una especie de riqueza, la riqueza territorial, y una sola especie de trabajadores, los trabajadores de la gleba, y las únicas relaciones económicas que existirán entre los hombres son condicionadas por su cualidad de propietarios o de terrazgueros.

Por falta de informes, no puede hacerse una idea cabal de la crisis agrícola que debieron de provocar primero la restricción y después la caducidad absoluta de los mercados urbanos. Es muy probable que acabase de arruinar lo que subsistía aún de los pequeños propietarios. En relación con los grandes dominios, tuvo ciertamente por resultado acrecer su extensión y modificar su organización. Acreció su extensión obligando a los pequeños cultivadores, desprovistos de mercados y consecuentemente de recursos, a agregarse al dominio colindante, cediéndole su tierra bajo condición de conservar su disfrute a título de tenure. Modificó su organización por la necesidad que les impuso adaptarse a un régimen en el cual la producción con miras a la venta había desaparecido. La transformación debió de comenzar en el siglo V; quedó completamente terminada a fines del VIII. Su resultado es el "gran dominio" de la época carolingia tal y como lo muestra, con trazos precisos, el polyptico del abate Irminon y la